

PINCELADAS DE BASCONIA



LA SARDINERA

¡Bokarta oraingua bokartaaa...!

¡Chardiñ aundya chardiñaaa...!

Corre por las elegantes calles de Donostía con su cesta cargada de sabrosos pescados, airosa y llena de garbo, como buena hija del famoso barrio de la Jarana, recogidas sus mangas, faldas cortas y libre la cabeza, la sardinera bascongada; el tipo característico y peculiar de la mujer que nace entre redes y traineras.

La casera, con los productos que hace brotar de nuestro ingrato suelo, y la sardinera con el pescado que tanto le cuesta coger á nuestro arrantzale, son los dos tipos más característicos de nuestra indomable raza bascongada. La primera vencerá todas las dificultades que se le presenten aun á costa de cansancio y sufrimiento, pero llegará al mercado y venderá sus verduras; la segunda trabajará con calor para desalojar la trainera que llega cargada de *bokarta* para conducir á la venta y lo conseguirá con su tenacidad y denuedo para el trabajo; y andará, correrá, llamará y gritará con sus pulmones de acero á toda persona que crea ha de ser su momentáneo comprador y por fin venderá con corta utilidad toda aquella multitud de pescados que conducía sobre su costado.

Cuando la sardinera pasa por nuestras calles parece que el sol con sus luminosos resplandores irradia en su frente, y los horizontes la rodean, y rosadas nubes la envuelven, y las revueltas olas se adormecen, y coloridos del cielo la iluminan, y una aura purísima la embelee; y en fin, parece que todo Euskeria, cubriéndola de guirnalda, oro y grana, grita y dice: ¡sí! tú eres la mujer bascongada, en tu natu-

ral llevas el sello del país bascongado, tú y la casera volais en aras de la independencia y del amor al país, ¡sois benditas! vuestro país os ensalza.

Veo las elegantes mujeres de Niza que recogen escogidas flores y forman caprichosos ramilletes y los colocan en blancos cestitos para llevarlos á la venta; las veo envueltas en los más embelesantes olores de violetas y jazmín, de heliotropos y azahares, y las veo que con pícaresca gracia las colocan en el ojal de un *pollo* ó *gomoso* y que con adulterada sonrisa reciben el pequeño importe de su servicio y que se pasean con el rostro ataviado con afeites fascinadores por elegantísimos salones de casinos deslumbrados entre el crujir de las sedas y el brillar de antorchas de luz y de color; y que todos sus atavíos y elegancias y todas las postizas hermosuras se reducen á poder ser un irresistible atractivo para el aristocrático joven ó la elegante dama que va en pos de uno de esos uniformes y odoríferos ramilletes con los cuales gana su vida la vendedora de Niza y de Grassa, de Paris ó Berlín. Pues si esto aparece bello, hermoso y atractivo, por sus formas exteriores, más grande y hermoso, más sencillo y admirado es la mujer bascongada, la *sardiñ-saltzalle* que con sus piés descalzos y su rostro de sonrosados colores vende la sabrosa *bokarta* llevando por emisario la sencillez y por mensajero el trabajo.

¿Quién no admira en la compañera del pescador, su vida altamente trabajosa, sus sacrificios, y su pobreza? ¿quién que la conozca no enaltece las virtudes que adornan su frente? ¿quién no ve su modestia y su amor al trabajo, el cual lo lleva con resignación y sinesperanza de grandes ganancias?

¡Sí! esto se ve á diario en la sardinera bascongada. Cuando miran sus centellantes ojos á algún balcón de donde la llaman para la venta de algunas docenas que probablemente las dará según la *iškiñiya* que sobre la mercancía le hagan, y cuando al pedir *bost kuarto* por la docena la contestan *ez, amar zentimuan*, dice con cierta pena y resignación: *jechi beza bada platera*, como quien á la pérdida de un objeto de su estima, llora, aunque con entereza de ánimo.

Siempre alegre y contenta después de su venta aunque las utilidades no sean grandes, corre enseguida á su familia y la cuida con toda clase de agasajos y cariños, continúa en las labores de casa, cosiendo y remendando aparejos y redes; prepara el alimento para su marido y no hay momento para la *sardiñ-saltzalle* de recreo ni expansión; se-

guramente que si coge alguno desocupado lo emplea en hacer calcetas ó coser las *sarpas* de sus pequeñuelos. Como mujer de arranque, no pocas veces empuña los remos y surca las azuladas olas del Cantábrico, siendo este el motivo por el que se las llama las famosas bateleras; pero de esto último pienso ocuparme por separado en otro artículo.

ADRIÁN DE LOYARTE.

FE EN DIOS

En todo es grande el pueblo boer, pero su fe religiosa es de aquellas que movían al Divino Maestro á probar su omnipotencia con hechos milagrosos.

En los instantes solemnes de las batallas no se olvidan de Dios esos heroicos soldados; con verdadera unción lo evocan entre el tronar del cañón y el silbido de las balas y la Biblia es el seguro y perpetuo acompañante de los combatientes.

Ahora mismo el gran Krüger pone toda su confianza, la confianza en el triunfo, en Dios, y pide al Altísimo que inspire á los ingleses para que comprendan cuánta es la justicia de la causa boer.

Si un general, aquí, como aquellos de que habla la fábula, quisiese enardecer á sus huestes con versículos de los libros Santos, lo tendríamos por loco. Aquí que nos jactamos de muy católicos.

Pero ¿va á ponerse en duda la eficacia de la fe, capaz de mover las montañas, como evangélicamente se dice?

Miremos y admiremos mejor á ese pueblo de sencillez sublime que cree como los niños y lucha cual los héroes legendarios.

Y aprendamos en él á morir por el pedazo de tierra que pisan sin odiar á los que les matan, sino compadeciéndoles, porque cegados por la sordidez no comprenden cuánta sublimidad encierra el sentimiento de los boers manifestándose en su adoración al Dios en que creen y en su amor á la patria que defienden....

HERMINIO MADINAVEITIA.
